

EL PROBLEMA DE LA DISCIPLINA

2.^a PARTE

Enseña a cumplir las normas establecidas

En la disciplina hay tres aspectos distintos:

1. Establecer normas y reglamentos.
2. **ENSEÑAR A LOS HIJOS Y ALUMNOS A CUMPLIRLOS.**
3. Actuar frente a las trasgresiones de las reglas.

NOS fijamos demasiado en el tercer aspecto, el castigo; «¿qué opinan los psicólogos del castigo corporal?», «antiguamente había disciplina, porque con un par de bofetadas y a la cama sin cenar, se resolvían mejor las cosas», «si ya no se puede castigar como sistema, que nos digan entonces qué hacer...» cientos de frases que evidencian la obsesión del castigo. Pero nos olvidamos del eslabón fundamental, eslabón perdido, que la disciplina es, sobre todo, una cuestión de enseñanza, adiestramiento personalizado.

EN la vida civil existe el automatismo del reglamento y la sanción. No reproduzcamos este esquema en la familia o colegio, que son centros de aprendizaje esencialmente.

Enseñar a cumplir las normas establecidas es todo un sistema que incluye, desde explicarles lo que queremos y

es bueno que ellos hagan, hasta proporcionarles el ambiente y condicionamientos aptos para su ejecución constante. Enseñar a cumplir normas llevará consigo también la aceptación de que tales normas son fáciles de cumplir (existe el miedo a la buena conducta), y que es mejor para todos, «nos irá bien», el cumplirlas. Al viven-

ciar que la norma establecida es el bien personal y colectivo, y que, por tanto, es lo que hay que hacer, se llegará, finalmente, a la intuición del deber.

Pero analicemos, paso por paso, cada uno de los elementos de que consta la vital enseñanza de la disciplina, el acatamiento racional de una norma.

Primer paso: EXPLICAR EL FUNCIONAMIENTO DE UNA NORMA.

Las normas hay que explicarlas claramente, con un lenguaje comprensible a niños y adolescentes, y con un tono apropiado a cada edad. Suele agradarles el estilo informativo cuidadoso, de quien explica el funcionamiento de un aparato electromecánico. Aquí se funciona así.

Sobre todo, hay que **dar detalles**, decirles los casos en que se aplica esta norma, las situaciones de excepción, los momentos de difícil cumplimiento. Desmenuzar el comportamiento exigido en pequeños pasos y analizar cada uno de ellos; ampliándoles la ingeniosidad del buen obrar, pues habrá veces que la norma les parecerá absurda e inaguantable. Hay que prevenirles de todo.

No se trata de montar una casuística insoportable, ni de hablarles todo esto de una vez; sino de imaginarnos a niños y niñas viviendo esas normas tal como ellos son, en los sitios asignados para ellos, sometidos a las tentaciones típicas de cada instante. Si logramos hacer la película preventiva de la conducta juvenil, podremos salirles al paso eficazmente, al explicarles el funcionamiento detallado de su reglamento. Pero si nos falta imaginación, y nos sobra lógica de adultos, lenguaje abstracto y mal humor, no habremos construido nada positivo, sino el comienzo de una guerra sin cuartel. «Esos detalles ya se dan por supuestos, tienen edad suficiente»; «ha quedado la cosa clara, que se atengan a las consecuencias, ya les he explicado esto más de una vez» (no nos gusta ayudar a la debilidad humana; preferimos el recurso del castigo, «consecuencias», en vez del adiestramiento preventivo...).

Segundo paso: MOTIVAR LA NORMA ESTABLECIDA

Más de un eminente pedagogo ha dicho que, en educación, nos falta publicidad, todo eso de lo que rebosa en exceso el mundo comercial: los «slogans» felices, los gráficos que hablan solos, las imágenes que son una llamada a las necesidades básicas, materiales o de prestigio personal.

Motivar en educación, no es lanzarse el sermoncito horripilante, sarta de razonamientos abstractos y lejanos. Desde luego, se trata de introducirles la idea de que lo mejor de ellos mismos ha de salir a flote, aflorar de una vez y fructificar; que la norma es el bien de ellos mismos, lo que vinimos buscando en ellos, lo que les da prestigio humano y contribuye a crear comunidad educativa, el humanismo de la vida familiar o escolar, el bien común. Pero, ¿pensamos las formulaciones?, ¿les hablamos a la sensibilidad de nueve, doce o dieciséis años?, ¿les proponemos ideales al mismo tiempo?, ¿les transmitimos el mensaje de fondo de que creemos en ellos, a pesar de sus fallos colectivos o personales?, ¿les comunicamos que estamos ahí, porque tenemos ilusión por ellos?

Los sentimientos e instintos básicos, son la clave de la publicidad. El buen «spot» comercial esta, hoy día, casi siempre envuelto en sexo. El incentivo sexual es el medio. El estímulo comercial es el contenido. En educación hay un medio-envolvente ideal: el sentimiento de que creemos en ellos y tenemos ilusión real por ellos. Muchos educadores fracasarán siempre, no sólo por que no elaboran gráfica y concretamente sus formulaciones, sino porque no las envuelven en un medio de comunicación, en un sentimiento educativo que llega a la afectividad del niño. Motivar no sólo es preocuparse por lo que se les dice, sino por el modo y el tono vital que se emplea al comunicarse con unos muchachos. Es comprensible que tengamos momentos de frustración, desilusión y amargura educativa y hasta sentimientos profundos de asco y antipatía a los educados. (Somos ambivalentes; no existe el amor puro; amamos y odiamos al mismo tiempo; es ingenuo querer afincarse en el optimismo a ultranza.) Pero una cosa es absolutamente clara: éstos no son los momentos de



hablar y motivar nada. Guardemos nuestra caras largas y nuestra miradas hoscas para cuando ellos no estén presentes. La amargura es una derrota. El educador que se amarga ante unos niños es, sencillamente, un pobre hombre. Y todos lo somos un poco, pero no debemos desautorizarnos nosotros mismos tan patentemente.

LOS TOPICOS CLAVE DE LA ENSEÑANZA DE LAS NORMAS

¿CUANTAS VECES ENSEÑAR Y MOTIVAR?

No una vez, sino constantemente, casi todos los días si es necesario o la importancia y urgencia de la situación lo exige. Una vez por semana o por mes, si es más fácil de asimilar y aceptar lo que se trasmite. Una vez al año, si es una cosa tan clara y evidente (PARA ELLOS, naturalmente, no para nosotros), que basta con una sola vez. Ahora bien; el criterio para medir si una norma es clara y aceptada es solamente el veredicto de los hechos: si realmente se cumple.

¿CUANTO?

Se motiva muchas veces, pero poco a poco. Brevemente, sin cansar.

« - Mi padre "me suelta el rollo" en cuanto me descuido.

» - ¿Qué te dijo?

» - No lo sé; siempre me distraigo hacia la mitad.»

Todos los seres humanos somos alérgicos a los largos discursos. Los niños y adolescentes lo son aún más. Para ellos, frecuentemente, un adulto es un interlocutor inaguantable.

¿CUANDO EXPLICAR O MOTIVAR?

a) **Preventivamente**, antes de que se produzca la acción negativa de los chicos.

- «Hoy va a Venir una visita importante a casa; ya sabéis cómo hay que saludar cuando se os llame.»
- «Dentro de poco sonará el timbre; recordad que nadie debe moverse hasta que yo dé la señal; el timbre es una indicación para el profesor, para que él os dé cuanto antes, pero cuando lo crea oportuno, la señal de marchar y recoger todo...»

Hay profesores y padres que siempre llegan tarde, no prevén los momentos difíciles. ¿Por qué a otros educadores les salen bien las cosas? ¿Por un «carisma especial», o por que son más activos y planifican más cuidadosamente las cosas? Hay gente que, a pesar de estar años y años educando, no logran saber que tal norma no se ha hecho todavía costumbre en unos muchachos, y que, por tanto, hay que seguir motivándola y recordándola muchas veces.

b) También **a posteriori**, como reflexión serena de un fallo personal o colectivo; o de un éxito o mejora de actuación; aprovechando toda clase de experiencias.

¿COMO EXPLICAR Y MOTIVAR?

Variadamente, barajando unos cuantos motivos, para **sorprender** constantemente la sensibilidad de los muchachos.

Incisivamente, escogiendo aquellas formulaciones que afectarán más profundamente la imaginación y el sentimiento de los chicos. Para ello el educador ha de ser capaz de aprender, de los mismos efectos, de sus propias actua-

ciones, a través de las reacciones de los niños. El «feedback» o retroalimentación será aquí tener el valor de abrir los ojos y ver las caras de los muchachos, en vez de volverse olímpicamente de espaldas o marcharse (siempre me extrañó esta conducta en algunos profesores; cuando se ponen solemnes a dar un aviso o motivar algo, luego se dan la vuelta o se marchan inmediatamente; pienso que nunca aprenderán a hablar a niños o a adolescentes).

Tercer paso: REALIZAR PRÁCTICAMENTE EL COMPORTAMIENTO DESEADO

En muchos casos no basta la explicación y la motivación verbal de la norma. Hay que proceder a una ejecución práctica, viva, audiovisual. Realizar con ellos, delante de todos, el comportamiento ideal que se pretende.

«Y ahora, vamos a bajar al comedor, para aprender, todos, a colocarse por equipos alrededor de las mesas, sin ruido y con orden.»

A veces falta este «entrenamiento». Las cosas que se ven y se realizan, a modo de juego imitativo, son simultáneamente un adiestramiento eficaz y una profunda motivación, pues se logra que entre por los sentidos lo bueno y lo bonito del comportamiento correcto. Los niños son felices cuando verifican que es mejor hacer la cosas bien. Por otra parte, la disciplina es una creación de costumbres, un acostumbrarles a realizar cosas de una manera determinada.

En vez de gritar mil veces «no salgáis corriendo por los pasillos», se logra más con la acción. «Vamos a salir



andando normalmente hasta aquella puerta, y luego, desde allí, ya se puede correr» (no olvidemos que toda norma debe ofrecer un límite, pero también una alternativa o una posibilidad de acción).

La enorme ventaja del entrenamiento es que se realiza en un momento ideal, es decir, **no verdadero**. No es el momento de la verdad. (No es aún la hora de salidad y es fácil simular una salida ordenada de clase). No actúan, entonces, las motivaciones destructivas de la norma dada. Se asimila un comportamiento antes del momento de la prueba; así, el mecanismo aprendido ofrecerá una resistencia al impulso espontáneo hacia el desorden.

Cuanto más difícil sea el comportamiento pedido, más necesaria será la experiencia práctica y previa de las normas. Hay que jugar a las normas antes de vivirlas.

Cuarto paso: VIGILAR Y PERFECCIONAR LOS PRIMEROS PASOS

Las normas no se dan y ahí quedan. No sólo se explican, se motivan o se ensayan. Las normas se «con-viven» y se padecen hasta que se interiorizan en unos niños, en casa o en la escuela. El padre o el educador deberá pensar muy bien qué normas da, porque ha de «cargar con ellas» supervisándolas y reforzándolas hasta su implantación definitiva, que no es, precisamente, su promulgación oficial.

Las reacciones del educador, ante las primeras trasgresiones o aciertos, descubren el camino que está dispuesto a recorrer.



REACCIONES ANTE LAS TRASGRESIONES INICIALES DE LA LEY

Los fallos del comienzo, no deberán atribuirse a mala voluntad, sino a debilidad de la voluntad (sentirse atraído por otro estímulo más intenso), o a desorientaciones momentáneas (no caen en la cuenta que en ese momento es cuando deben practicar la regla). Muchas trasgresiones de primera hora nos están comunicando que los niños necesitan una **ayuda al dominio de sí mismos**. Entonces hay que intervenir recordando la regla dada, «llamar la atención» del muchacho; instancia delicada pues es imprescindible que esta ayuda sea PRUDENTE. Prudencia significa, en primer lugar, no frustrar, no enemistarse, no ironizar, no humillar. En segundo lugar significa humor e ingenio.

A todos nos gusta que nuestros primeros fallos «se echen a buena parte», como no intencionados, excepcionales, disculpables. Nunca comprendemos que alguien se descomponga o se irrite por nuestro comportamiento menos correcto, ni admitimos que se nos rechace como personas a causa de nuestros actos. Ahora bien; toda intervención brusca, beligerante, apasionada, en el sentido de llamar-nos la atención hacia una norma establecida, se experimenta siempre con un rechazo afectivo personal. Y esto carga, automáticamente, la batería de la agresividad que se traduce con frecuencia en la exaltación desproporcionada del yo. La agresividad duerme, pero tiene un sueño muy ligero. No hay que despertarla en el corazón de un adolescente. Esto es el «tacto» del educador.

W. Correl indica varias maneras de proceder prudentemente:

1.ª Técnica: LA SEÑAL

Sin pronunciar una sola palabra se puede llamar la atención de los niños para recordarles la norma establecida. La señal puede ser un gesto de la cabeza. O una mirada. Basta una mirada serena, seria, penetrante, y el niño se da cuenta de que hay algo que no funciona.

A veces la señal es pasar a su lado y darle un golpecito en el hombro. O pronunciar su nombre de modo seco, no violento.

Se trata de una llamada a la buena voluntad. No desean desobedecer pero se han distraído. Ayudamos su debilidad recordándoles su deber.

2.ª Técnica: EL HUMORISMO

Al querer, una eficacia y perfección, disciplinar a toda costa, perdemos con frecuencia el humor y estropeamos el ambiente de bienestar, que es lo importante. Los niños felices funcionan bien. La indisciplina profunda nace de la tristeza o de la frustración. La indisciplina incidental, en cambio, es un ingrediente habitual en el proceso educativo; hay que contar con ella y manejarla con humor.

Dominar la situación es situarse por encima de ella. Sentido del humor es mirar las cosas con perspectiva y saber relativizarlas. (Reirse un poco de sí mismo, de la pequeña palangana en que uno se ahoga cada día, en su casa o en su clase; y admirarse de que la inmadurez natural y espontánea de unos chiquillos sea capaz de «amargarle a uno la existencia», «quemarle a uno la sangre», y otras tragedias semejantes.)

Humor es ver al niño en toda su circunstancia, no sólo en el detalle negativo actual; verle a través de su historia, y de los condicionamientos temperamentales, familiares o ambientales, de que él apenas es responsable. Esta visión nos impide rechazarle con hastío. El humor cordial — jamás la ironía — es producto de la comprensión global benevolente del muchacho.

Un adolescente estaba inquieto y giraba constantemente en su asiento sin «atarse» a su pupitre. El profesor se

aproximó a él y le dijo en voz baja: «ya es la cuarta vez que te pones a curiosear lo que hacen los demás; no se que les pasa hoy a tus piernas que se salen del pupitre; voy a tener que poner unos muelles que las hagan volver a su sitio, ¿no te parece?» El tono cordial de estas palabras hizo sonreír al muchacho. El humor descarga la agresividad que suele suscitar el ejercicio de la autoridad. Antes de hablar hay que disolver la amargura en agua dulce. No se trata de reprimirse sino de desintoxicarse, respirar hondo y despacio, levantar la vista del pequeño detalle y mirar al panorama en su conjunto. Entonces nos saldrá una frase más amable, aunque llena de seriedad y autoridad.

Los adolescentes admiran al hombre que no se deja llevar, ni se descompone por unos incidentes concretos. El hombre que conserva la calma aparece como superior. Logra una mayor autoridad moral.

3.ª Técnica: PALABRAS DE ALIENTO

A veces la indisciplina se debe a debilidad o cansancio. Decae el interés con que un chico se aplica al estudio y surge el alboroto. «Ánimate; hasta ahora has estado estudiando muy bien; ya falta poco»; «esto va bien»; «¿ya vas aquí?, vas progresando»; «mañana lo aprenderás más aprisa». La observación alentadora, con tal de que no sea siempre igual o demasiadas veces, ayudará a superar los malos momentos. Las agradecen mucho los niños y crea una profunda corriente de simpatía y amistad entre ellos y el educador. Elaborar frases alentadoras, es crear disciplina, no imponerla. Y en todo caso, es un entretenimiento más positivo y satisfactorio. ¿Lo practicamos tan frecuentemente como sería necesario?

4.ª Técnica: LA DISTRACCION

Practicar la distracción como técnica, no es contribuir a disiparles más. Es distraerles de la distracción, sin llamar la atención expresamente sobre ella. Si dos muchachos hablan entre sí, distraídos, mientras estoy explicando una cosa a todos, pregunto a uno de ellos una cosa fácil - le distraigo de su distracción poniendo un pequeño triunfo en sus manos, y ganándomelo, así, para mi explicación.



5.ª Técnica: NO FIJARSE

Algunas veces es más rentable pasar por alto ciertos fallos y no fijarse. Hay niños indisciplinados, difíciles, que lo que buscan es llamar la atención y nos tienden una trampa. Hay otros casos de indisciplina ocasional, no estable; y a veces es preferible que tal comportamiento negativo pase desapercibido a los demás, para que no surjan imitadores. El método de «na dejará pasar ni una» no es aconsejable, pues enrarece el ambiente y crea una tensión insoportable a los muchachos.

Si intervenimos en todas las ocasiones, podemos dar la sensación de que desobedece demasiado la norma, y se le pierde el respeto. Es el arte de actuar, de vez en cuando, ante las violaciones de la ley, pero seguir motivándola y aclarándola constantemente. El castigo debe ser ocasional, pero la enseñanza y motivación continuas. ¿No se suele hacer al revés?

SEGUNDA SERIE DE REACCIONES: ANTE LOS PRIMEROS ACIERTOS Y CUMPLIMIENTOS

Cuando una conducta sale bien hay que reforzarla para que se produzca más veces y con más fuerza. Hay que consolidarla inmediatamente. Si hemos logrado que 40 alumnos logren estar solos sin alboroto, o que tres niños en casa sean capaces de convivir sin pelearse, eso no puede pasar desapercibido al educador ante los ojos de los niños. Habrá que darles, enseguida, una satisfacción personal como consecuencia de ese comportamiento tan maravilloso, que apenas podemos creerlo. Las satisfacciones pueden ser físicas, como premios y regalos, o pueden ser morales como elogios o conocimiento de que se valora su acierto, es decir, algo que satisfaga la necesidad interior, de estimarse a sí mismos o ser estimados por los demás.

• REFUERZO OBJETIVO

Cuando a un alumno se le hace consciente de que ha realizado bien unos problemas o un trabajo literario, se le está reforzando aquel comportamiento suyo que logró el éxito académico. Se animará a proceder de nuevo, con tal nivel de esfuerzo y técnica de estudio. Este tipo de refuerzo «refuerzo objetivo», es el más sano y educativo; son las notas o calificaciones que, cuando son positivas, significan el conocimiento de un éxito que intensifica el comportamiento deseado. Por eso las evaluaciones de un profesor han de ser justas y también rápidas; cuanto más cerca esté el conocimiento del resultado, del comportamiento que lo hizo posible, mayor motivación se creará para volver a realizar las cosas de igual manera. Las notas que llegan muchos días después, apenas refuerzan nada, pues se ha desvanecido el recuerdo de la conducta que produjo el éxito. Otra forma de refuerzo objetivo es una palabra que notifique cualquier acierto, pero de un modo objetivo, impersonal; «José, hoy te has portado bien con

tu madre; veo que has obedecido con rapidez y sin protestar». «Carmen, veo que vas aprendiendo a tener ordenadas tus cosas en el cuarto». No es más que una constatación; se les hace conscientes de haber realizado bien una tarea. Y el conocimiento del éxito refuerza la forma de comportamiento empleado anteriormente. Se forma una conexión entre satisfacción del éxito y actividad que lo hizo factible.

• REFUERZO PERSONAL

El refuerzo personal es un elogio más personalizado. «Estoy muy contento de ti». «Quiero que sepas que estoy orgulloso de tu comportamiento durante la enfermedad de tu madre». (Nos gusta a los mayores este paternalismo solemne, sobre todo en ocasiones excepcionales; lástima que no lo usemos para reforzar también los hábitos de estudio, y las relaciones ordinarias con los hermanos y compañeros).

El corazón de los niños se dilata de satisfacción y la conducta queda reforzada. Sin embargo, el refuerzo personal tiene el peligro de producir niños más pendientes de «darnos» gusto, q hacer las cosas bien, por sí mismas. Si les acostumbramos demasiado a elogios tan personalizados, se les creará esa necesidad de que nos fijemos en ellos, cada vez que hacen algo bien. Y como eso no es posible siempre, se sentirán frustrados, olvidados por nosotros. Y de ahí la desilusión y la indisciplina. O bien, si cedemos, nos encadenaremos a su insaciable necesidad de ser contemplados.

Se puede usar este refuerzo personal, lícita y noblemente, pero conviene emplearlo con prudencia, aisladamente. El refuerzo ordinario será, más bien, el refuerzo objetivo en el cual el educador actúa, sencillamente, de informador, notificando el acierto. Para un buen educador, apenas hacen falta premios. Procurará ordenarles hacer cosas que ellos puedan hacer bien; cosas en las que tengan éxito, cosas a su nivel de capacidad e intereses. El éxito es el verdadero premio. Les hará tener éxitos y luego se los comunicará. La mejor disciplina es la que programa actividades asequibles e interesantes. Fomenta la motivación y el éxito continuamente. Crea un buen ambiente entre los niños y adolescentes.



Quinto paso: PROGRAMAR LA VIDA Y FACILITAR LA EJECUCION DEL DEBER

Muchos programas de estudio nacen ya predestinados a producir un torrente inacabable de hastíos y agresividades. Muchos educadores perezosos, improvisadores, que no programan actividades asequibles, suelen tener problemas de disciplina; a no ser que acudan constantemente a una exhibición de autoridad a base de amenazas, distanciamiento y temor. Muchos padres y madres sin orden ni concierto, ni un tiempo mínimo de dedicación a sus hijos, para programarles la vida, ven aparecer a su alrededor un «show» directísimo de calamidades hogareñas. Los torrentes son peligrosos. Educa el que sabe canalizar bien, dar salida útil a la vida desbordante de la primera edad, llena de instintos, ilusiones, deseo constante de promoción y realización personal.

No hay otra alternativa. O les programamos bien la vida, o nos vemos envueltos en una escalada de amenazas, premios, castigos, promesas, que les deseduca, nos chantajea a nosotros, y nos distancia de ellos.

Programar bien no es caer en el «niño-centrismo» perfeccionista; que no le falte nada; que no se aburra... «el rey de la casa...»

1.º) **Programar una vida juvenil** es hacerse una serie de preguntas base, que no se refieren al vestido, comida y confort exteriores, precisamente. Se trata, más bien, de las

necesidades fundamentales.

a) ¿Se siente satisfecho afectivamente? ¿Se le quiere, a un nivel aceptable? ¿Se le demuestra sensiblemente dicho aprecio y cariño?

b) ¿Logra conseguir un mínimo de éxito en las tareas que se le encomiendan, en casa o en el colegio?

c) ¿Se siente apreciado por los demás, fuera del círculo familiar? ¿Logra un mínimo de eco amistoso y respetuoso en los compañeros?

d) ¿Está oprimido por serios y estables sentimientos de inferioridad, o culpabilidad, o inseguridad angustiosa? ¿Padece conflictos importantes de adaptación familiar, escolar o social?

Programar es acudir a estas preguntas y ver la parte que podemos poner nosotros para ayudarle a satisfacer estas necesidades básicas. Sin ellas, pronto o tarde aparecerá entre nosotros el niño difícil.

2.º) **Programar una vida juvenil** es saber escucharles, para dar cauce a los sentimientos, deseos y opiniones. Lo que se expresa no se reprime, no será nunca un combustible almacenado clandestinamente. Hay padres y madres que no se interesan por lo que dicen sus hijos, ni les escuchan, ni les dejan hablar. Decimos que dialogamos con ellos y a lo sumo les oímos con respeto; pero no valoramos lo que dicen, no nos ponemos a ver las cosas desde su punto de vista. «Póngase usted, en mi lugar»; pues eso es lo que hay que hacer; y entonces se llega a la **comprensión** (palabra muy usada y poco vivida), que no significa aprobar y consentir o dejar hacer.

3.º) **Programar una vida juvenil** es, como hemos indicado ya, tenerles ocupados en algo que les interese o facilitarles las tareas que son de obligación. Facilitar no es educarles blandamente, sino crear un orden y concierto en el hogar para que puedan trabajar seriamente, acondicio-

narles a una disciplina de tiempos y lugares fijos para estudiar, y para jugar, evitar ruidos y distracciones innecesarias en la casa, etc.

Ayudar es mostrar el camino, nunca llevarle de la mano. Ayudar es acostumbrarles —mandándoselo claro está— a una distribución rítmica y constante de actividades. Primero se llega y se saluda a los padres; luego se cambia de ropa y de calzado; luego se lava uno las manos; luego se merienda; luego se permite unos minutos de descanso o juegos; luego una hora de estudio, etc...

¿Por qué hay que ayudar y acostumbrar? Para enseñarle un método y ritmo de trabajo que le lleve al éxito. Si no hay un mínimo de éxito surge la frustración, la inferioridad, la inseguridad en sí mismo. Y la consecuencia lógica es la agresividad, la conducta inadaptada, la evasión soñadora, los fracasos de sociabilidad, etc... Enseguida se termina en problema de disciplina o adaptación familiar o escolar. «No quiere estudiar», «no obedece», «no tiene amigos». Hay que coger las cosas aguas arriba. Hay que ayudarles a tener éxitos.

4.º) **Programar una vida juvenil** es, finalmente, canalizar impulsos, dando sustitutivos válidos, posibilidad de descarga y creatividad. Una madre: «como la casa es pequeña y no tenemos parque delante, al que puedan bajar, no puedo tener la casa con el silencio y el orden que yo quisiera; hemos tenido que dedicar la habitación más grande para cuarto de estar de los chicos». Es evidente que para esta señora lo primero es la salud mental de los niños; la racionalización de la casa, de cara a las visitas, es secundario.

La creatividad tampoco es cuestión de juguetes caros. Una caja de acuarelas o unos palillos hacen pasar horas y horas de ingenioso entretenimiento.

El perfeccionismo de los mil detalles, «no te sientes así», «ya estás despeinado otra vez», «Mira como te has puesto los zapatos», «no sabes coger el tenedor...», (sobre todo la continua insistencia machacona) es un embotellamiento psicológico que a veces hace saltar el tapón violentamente, a no ser que terminen los niños perdiendo gas y criándose débiles, tímidos de carácter.

La disciplina y la actividad física están en relación directa. Para un muchacho, la inhibición de dinamismo físico, produce mayor tensión emocional que conduce a la

hiperactividad de la agresión o conducta violenta. Necesitan la descarga directa de energía muscular.

NO HAY OTRA ALTERNATIVA

Lo fácil es **dictar** normas y aplicar sanciones; ser educador-dictador. Lo difícil es hacer comprender normas, ponerse al nivel de los muchachos y ayudarles a cumplirlas. Esto supone actividad y estrategia. Autoridad viene de «autor», el que hace cosas, el que **crea** disciplina, no el que la **impone**.

Crear disciplina es un arte de cada día, pensado con amor e ingenio; es un ambiente que se elabora con los mejores frutos de comprensión, respeto, firmeza; una disposición permanente de «vigilancia» moral, para mantener el difícil equilibrio ambiental entre dosis de esfuerzo-exigencia y momentos de actividad física espontánea o alegre creatividad (el nivel de satisfacción mínima vital).

El método apuntado en estas líneas está garantizado con la experiencia de miles de profesores y padres de familia. Si no se logran los resultados, el educador deberá hacerse preguntas objetivas clave. ¿Les he explicado a los chicos con claridad lo que hay que hacer?, ¿se han escogido motivaciones que impresionen o convengan?, ¿se han dosificado suficientemente el número e intensidad de explicaciones, motivaciones y ensayos de la norma?, ¿no les estaré pidiendo algo que supere sus fuerzas, sin proporcionarles simultáneamente sustitutivos y canales de descarga y sublimación de impulsos y energías juveniles?, ¿no existirán demasiados niños con un nivel de frustración tal que suscite la agresividad o evasión?, etc...

No tenemos otra alternativa. O creamos disciplina con humor, ingenio y planificación; o imponemos disciplina con voces, amenazas y castigos sistemáticos. El momento de la prueba vendrá cuando creamos que hemos actuado bien, «nos hemos molestado» (somos tan sentimentales de nuestro esfuerzo...) y resulta que los niños no responden. Entonces, o nos amargamos y encolerizamos con ellos; o analizamos científicamente los PASOS del proceso educativo, para detectar con sencillez de corazón las omisiones o errores de nuestra propia estrategia.

Esta última actitud es la que manifiesta la grandeza de espíritu y el auténtico profesionalismo del educador.

FERNANDO DE LA PUENTE

ACTIVIDADES PARA UNA ESCUELA DE PADRES

06: Discusión dirigida

A la hora de enfrentarse con el problema de la disciplina, surge inmediatamente la opción sobre Premios y Castigos. En el anterior artículo, de Fernando de la Puente (ver Rev. PM núm. 46), hay algunas observaciones sobre el tema. Le recomendamos, también, la lectura de la Revista PADRES Y MAESTROS núm. 21, y los CUADERNOS PARA EDUCADORES, núms. 13, 14, 15 y 16, que tratan exclusivamente sobre PREMIOS Y CASTIGOS.

Con esta documentación base llegar, a través de una discusión dirigida, a esclarecer:

- la filosofía de los Premios y Castigos
- la utilización, sus límites y consecuencias (exposición de casos)
- análisis de tipos de premios y castigos que se vienen utilizando en casa y en el Colegio, y someterlos a crítica y evaluación.